



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

El Reino de lo sencillo

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 4, 26-34 (11º Domingo del Tiempo Ordinario del Ciclo B – 17 de junio de 2018)



Quienes vivimos en Vegueta, el corazón histórico de Las Palmas de Gran Canaria, solemos ser espectadores de su agitada vida cultural. Se podría decir que, en casi todas las semanas del año, hay algún espectáculo que llena de luz y sonido sus plazas y sus innumerables locales de restauración. El ritmo de los equipos de trabajo es frenético: enormes andamios con luces y pantallas de televisión. Torres de altavoces que

amplifican desde el sonido más sutil de un violín hasta los ensordecedores tambores pasando, obviamente, por la voz de los artistas encargados del concierto de turno. El espectáculo es enorme y ningún transeúnte, por despistado que sea, queda indiferente ante la magnitud del despliegue técnico. Los avances de la técnica para estos grandes espectáculos es sorprendente y, si esto pasa en este pequeño rincón de España, ¿cómo será en Londres, Nueva York, Madrid o Barcelona donde hacen escala los mayores espectáculos del mundo?

Este mundo de luces y sonido, que confieso que a mí me gusta, tiene el peligro de generar, como dice Mario Vargas Llosa, una “civilización del espectáculo” en la que la superficialidad se impone a los esfuerzos de profundidad y de búsqueda del sentido último de lo que somos y hacemos. No son pocas las veces en la que los artilugios de los espectáculos no nos permiten ver la vida que acontece en lo sencillo, en lo germinal o en el silencio de la cotidianidad.

El Maestro Jesús, para explicar a los sencillos el Reino, no utiliza el recurso del espectáculo, que se queda más en lo epidérmico, sino que recurre a ejemplos de la vida sencilla y cotidiana que llaman la atención por lo que aparece detrás de las imágenes y más allá de las palabras, en lo que toca lo hondo, el lugar donde se cuece el sentido y el horizonte de interpretación de la vida. En el Evangelio de hoy el Señor recurre a dos parábolas agrarias para explicar cómo acontece el Reino.

El proceso. La primera parábola nos habla del modo como acontece el Reino. La semilla sembrada con mimo por el agricultor sigue su proceso de crecimiento aunque su mentor esté lejos, descansando o dedicado a otros asuntos. La pequeña semilla arrojada en el campo, sin que nos demos cuenta, va creciendo y empieza a dar brotes verdes que anuncian la vida.

La fuerza transformadora y liberadora del Reino va trabajando en nuestros corazones con ritmo lento y firme y, a veces, de manera imperceptible. Su método respeta profundamente nuestros ritmos, temores y resistencias sin detrimento del reconocimiento de nuestras potencialidades y talentos. El Dios del Reino no pretende resultados inmediatos resultado del ímpetu del momento. El Dios del Reino quiere que su lógica de amor, verdad y vida se vaya asentando lentamente como resultado de un proceso de maduración y asunción de esta nueva forma de entender la vida y la misión.

Puede que no resulte vano pedir al Señor que nos de la paciencia necesaria para entender la dinámica de los procesos de transformación y que nos dé una mirada limpia para descubrir, muchas veces en signos casi imperceptibles, su acontecer en nosotros.

La grandeza de lo pequeño. La segunda parábola nos habla de cómo el Reino surge desde lo más pequeño, desde lo que a los ojos del mundo no vale, no importa o es irrelevante. La semilla de mostaza, dicen los expertos, es una de las más pequeñas de reino vegetal y, sin embargo, cuando crece se hace un árbol robusto.

El Reino de Dios hunde sus raíces en lo germinal, en lo pequeño, en los procesos de implicación con los valores del Evangelio que se van gestando en personas y pequeñas comunidades abiertas a la novedad transformadora del proyecto de Jesús. El Reino no surge por decreto sino por la vivencia comprometida de las bases. El Reino se hace robusto cuando es el resultado de un proceso de maduración lento y firme de los valores del Evangelio en personas y grupos capaces de convertirse en testigos y colaboradores de las causas justas. El Reino, lejos de la cultura actual, no gusta de lo espectacular, de la parafernalia de las alfombras rojas y del embrujo mediático sino de la “cultura del encuentro” en la que cada persona tiene un nombre y una historia. El Reino de Jesús es el Reino de lo sencillo, no de lo simple, de lo sencillo, amable, tierno y cercano.

Contemplando la grandeza de lo pequeño pidamos al Señor que evangelice nuestra mirada para que seamos capaces de ver en lo pequeño y cotidiano las semillas del Reino de la vida que soñamos y anhelamos.